

MEMORIA DEL CEEA

ENTREVISTA A RUBÉN CHUAQUI

MARIELA ÁLVAREZ

P: *¿Cómo se inició tu interés en este tipo de estudios?*

R: Yo estudié en Santiago de Chile lo que acá se llama Letras Clásicas y allá se llamaba entonces Filología Clásica.

Durante la carrera nunca pensé en dedicarme profesionalmente a estudiar alguna de las zonas culturales o políticas situadas —por completo o de manera predominante— en la parte afroasiática de la masa continental que forman África, Europa y Asia. Sí tenía un interés real en tales estudios, aunque raras veces me fue posible alcanzar siquiera un mínimo de profundidad en alguno de los campos.

Quizás en mayor proporción que otros, desde la niñez estuve abierto a distintas culturas. Los lugares donde estudié, la gente que me orientó e incluso el ambiente que había en mi casa contribuyeron a que procurara no tener intereses restringidos temática o geográficamente. A veces los propios estudios universitarios me pusieron ante nuevas perspectivas o ampliaron antiguas. Por ejemplo, mi hermano Elián y yo llevamos (el año 58) un magnífico curso de historia medieval europea con Mario Góngora, donde se trataron temas de importancia que tienen que ver con Asia y el norte de África: primero, al discutir el concepto de feudalismo y buscar semejanzas y diferencias entre el fenómeno de Europa occidental al que suele aplicársele y otros análogos de otras zonas (ya se había ocupado de esto Marc Bloch,

deteniéndose en el caso de Japón); luego, a propósito de las invasiones, al examinar las distintas teorías que se barajaban en la época para explicar los movimientos de pueblos, en especial de las comunidades nómadas, y particularmente las de Asia central; en tercer lugar, al comparar el Imperio Romano con el Estado chino en cuanto a las medidas que fueron adoptando ante los pueblos exteriores a sus respectivas fronteras. Cursos como éste, y otras motivaciones, nos llevaron al estudio, por nuestra cuenta, de textos importantes. Es el caso de la indispensable obra *Science and Civilisation in China*, de Joseph Needham, Wang Ling y otros colaboradores. Antes de venir aquí sólo llegué a conocer tres volúmenes, creo, de este libro que nos deslumbró. Algunas lecturas fueron valiosas, no en sí mismas, sino porque nos permitieron aguzar el sentido crítico. En este aspecto son ejemplares varios de los libros que Franz Altheim, el historiador del imperio romano tardío, escribió durante el período de la guerra fría. Pongamos por caso *Reich gegen Mitternacht* ("Un imperio hacia el septentrión"), donde se aborda a los hunos y al imperio sasánida. En esos libros es posible discernir una visión de Europa y Asia que parecería inspirada en las enseñanzas de Mani: dos entidades opuestas que se definen por referencia mutua, una Europa idealizada y un Asia descomunal, que están en constante lucha por la hegemonía; la luz contra las tinieblas, en suma. Impresiona ver cómo el autor se sirve de una enorme masa de datos para defender su causa, lo que a veces hace difícil desmontar ("desconstruir") sus artificios y develar sus incongruencias.

Por otra parte, venía dándose desde distintos ángulos la difusión de cierto modo de percibir los procesos y sucesos contemporáneos, como, por ejemplo, los movimientos de emancipación en diversas zonas del planeta. Ese modo, a la vez pluralista y universalista, en gran medida estaba presente en las publicaciones del Fondo de Cultura Económica, y ante todo en su Colección Popular, por citar una fuente obvia. Sin duda tal espíritu contribuyó a que numerosos jóvenes latinoamericanos quisiéramos aprender acerca de los pueblos y grupos oprimidos y de la evolución de su vida cultural y sus formas de organización social y política. Así, en lo que respecta al continente americano, por ejemplo, Elián y yo leíamos todo lo que

podíamos sobre los pueblos indígenas de América (y sus culturas), especialmente el pueblo mapuche, cuya lengua, además, estuvimos estudiando una época. En cuanto a África, fue una revelación irse enterando de su rica complejidad civilizacional, no únicamente manifestada en la existencia de grandes Estados (como Songhay, Mali, Ghana).

Podría decirse, entonces, que yo estaba relativamente atento a lo que el entorno ofrecía en el plano intercontinental e intercultural (sin dejar de lado, claro, algo tan importante como los conflictos, culturales y de otra especie, entre pueblos, comunidades y grupos).

En este sentido, algo de cierta pertinencia, tanto para mi historia personal como para la historia de los estudios de Asia en nuestro subcontinente, es que en 1961 la UNESCO y la Universidad de Chile organizaron en Santiago una Escuela Internacional de Primavera acerca de temas “orientales”, como solía decirse entonces (y todavía se dice en determinados sectores). Participaron, además de profesores latinoamericanos —locales y de otros países—, algunos de Asia y cierto número de académicos procedentes de Europa. Dentro del Proyecto Oriente-Occidente, la UNESCO había venido apoyando la creación de cátedras y departamentos a nivel de licenciatura en varios países de América Latina y, según entiendo, por entonces estaba tanteando la posibilidad de abrir un centro de posgrado con miras a formar especialistas latinoamericanos en el Oriente, y habían pensado en Santiago de Chile, entre otras alternativas.

Asistí a varios de los cursos y conferencias, en la Escuela de Derecho y, me parece, en el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad, y tal vez en algún otro lugar. Había una mayoría de estudiantes universitarios entre los asistentes, como quizá era de esperarse. Recuerdo un cursillo sobre cultura árabe, a cargo de un arabista francés de apellido español, Roger Arnaldez, de la Universidad de Lyon. También recuerdo dos series de conferencias de Vadime Elisséeff, del Museo del Hombre de París; una, sobre el mundo oriental en general, y la segunda sobre el origen de las culturas del este de Asia. Me acuerdo de un personaje rioplatense que en Buenos Aires llegó a compartir alguna responsabilidad editorial con Kazuya Sakai, el pintor y hombre de letras que fue tan impor-

tante en los inicios de nuestro Centro. Me refiero a Osvaldo Svanascini. Era un personaje peculiar: a una gordura poco común unía un entusiasmo desbordante y una manera de expresarse un tanto afectada. En esa oportunidad tuvo una participación activísima, con dos o tres cursillos acerca de arte y literatura orientales, especialmente de China y Japón.

Ahora bien, a Elián y a mí nos impresionó especialmente Arnaldez, por su dominio del tema y su extraordinaria capacidad expositiva. Al final de una de sus clases le pedimos una entrevista. Fuimos a verlo, entonces, donde se hospedaba. Allí nos estuvo hablando de sus intereses académicos y de su formación. Esta entrevista fue muy interesante para nosotros, entre otras cosas porque él también había empezado como filólogo clásico; así que de paso nos dio algunos datos sobre lo que se estaba trabajando en Francia en el terreno de la filología clásica, especialmente griega. En cuanto a las cuestiones islámicas, se dedicaba sobre todo a esa zona del pensamiento donde se encuentran religión y filosofía. Ya había publicado un trabajo importante sobre ética y teoría del lenguaje en Ibn Hazm, el sabio andalusí.

Bueno, la cuestión es que este proyecto de la UNESCO no se materializó en Santiago, sino acá. Es posible conjeturar las razones (si es que la alternativa existió de verdad alguna vez). Por esas épocas, en América Latina había cuatro países bastante estables, comparados con otros de la región: México, Costa Rica, Chile y Uruguay. Por motivos de tamaño, los organismos internacionales tendían más bien a concentrarse en Chile y en México. Chile no es un país grande, pero tenía cierta infraestructura, y resultaba que en ese tiempo había allí una desproporción de organismos internacionales, y específicamente destinados a Latinoamérica. En Santiago, por ejemplo, estaba la CEPAL, además de que el Celade y la FLACSO tenían allí sus sedes, únicas por esas fechas. Yo creo que ése fue uno de los factores que empujaron a que el proyecto de la UNESCO no estableciera ahí lo que sería el CEEA. Tal vez hubo otras razones, como el interés que demostraron los organismos oficiales mexicanos, un interés real por que el proyecto se instalara aquí.¹ Otro factor que puede haber influido es que,

¹ En las resoluciones de la Asamblea General de la UNESCO relativas a 1960 se

en ese tiempo, en Chile no había nada comparable a El Colegio de México. En cambio en México existía esta institución que tenía a su favor, entre otras ventajas, el hecho de no ser muy grande y carecer de complejidades burocráticas. Habría que ver qué ofertas hubo por parte de instituciones chilenas, argentinas, bolivianas, brasileñas, etcétera.

La historia de cómo se fundó la Sección de Estudios Orientales en El Colegio, y de sus primeros tiempos, más allá de las conjeturas, la han de conocer puntualmente Graciela de la Lama, Omar Martínez Legorreta y Víctor Urquidí y, por supuesto, Silvio Zavala.

La cuestión es que la razón por la cual me dediqué a esto, la razón por la cual vine a México, es un poco fortuita, como suele suceder con la gente que ha venido al Centro. Yo en 1966 estaba trabajando para la Comisión de Publicaciones de la Universidad de Chile como traductor especializado. Mi hermano Elián y yo estábamos traduciendo un extenso libro colectivo dedicado al pensamiento de Einstein, un libro que se llama *Albert Einstein, filósofo y científico*, que forma parte de una serie que dirigía Paul Schilpp sobre los filósofos contemporáneos. Quizá tengamos aquí, en la Biblioteca [Daniel Cosío Villegas], algún volumen de la serie. Un día pasé a tomarme un café al Café Haití y me topé con un conocido que estudiaba leyes en ese entonces. Él me informó que en México había la posibilidad de especializarse en cuestiones orientales. Resultaba que al profesor con el que él estaba haciendo la tesis, Alamiro de Ávila, le habían pedido del Colegio de México algún candidato para ese tipo de estudios. Don Alamiro era historiador del derecho indiano y tenía su cátedra de Historia

lee, por ejemplo (p. 57), en torno a la necesidad de "propiciar el mejoramiento de la enseñanza superior" respecto de los valores culturales de Oriente y Occidente:

"La Conferencia general [...]"

"Teniendo en cuenta que el gobierno de México ha hecho presente la oferta de colaboración de El Colegio de México, establecimiento de enseñanza superior e investigación abierto a estudiantes de los diversos países latinoamericanos, por medio de su Centro de Estudios Internacionales,

"Autoriza al Director General a facilitar la ayuda que requieran los Estados Miembros para llevar a cabo programas de intercambio de profesores de enseñanza superior que contribuyan a lograr los fines del proyecto principal."

Aun cuando no se habla de posgrado, el pasaje es significativo. (R. Ch.)

del Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. Me fui a entrevistar con él a la Biblioteca Central de la Universidad, de la que por ese tiempo era director. Me contó de sus vínculos con el Centro de Estudios Históricos del Colegio, uno de cuyos profesores —era Luis González—, de paso por Santiago, le había entregado una carta de la coordinadora de la SEO, Graciela de la Lama, solicitándole candidatos para el programa. Seguramente para recurrir a don Alamiro pesó el hecho de que dentro de sus investigaciones de historia del derecho español había explorado algunas influencias del derecho islámico en la Península Ibérica, así como otros aspectos de la civilización del islam. En la entrevista me dijo más o menos cuáles eran las áreas de especialización, el tipo de materias que se cursaban, las condiciones de los estudios, de la beca y esas cosas. La verdad, las cuatro opciones de especialización me parecían igualmente atractivas. Primó la posibilidad de acercarme al proceso de ingreso de la ciencia y la filosofía helénicas en el mundo islámico, sacando así provecho menos mediato de mis estudios de filología clásica. Es probable que si hubiera existido la especialidad de Sudeste de Asia me habría decidido por ella, en vista del singular encuentro de civilizaciones y culturas que allí ha venido teniendo lugar (para elegir un motivo entre varios posibles).

Ya estaba muy avanzado el año —debe de haber sido noviembre o diciembre—, así que había que mandar los papeles pronto: el semestre empezaba en enero. Envié mis antecedentes y demás documentos, y fui aceptado. Salí para acá en la noche del 16 de enero de 1967. Llegué a México a días de haber comenzado la maestría propiamente dicha, después de que se había terminado el propedéutico.

P: *¿Ya la generación tuya había terminado un año de estudios?*

R: Sí, un año de estudios. Yo no tenía noticia de que me iba a incorporar a un grupo ya en marcha. Era la segunda generación. La primera, que ya conoces, fue una generación numerosa, cuyo programa duró sólo dos años. Fue menos diferenciada que la mía, desde el punto de vista de la distribución de

las materias entre las áreas. En este aspecto, la mía fue más o menos prototípica de todo lo que ha venido después.

En la nuestra y en las inmediatamente sucesivas, seguía habiendo una proporción más bien alta de profesores extranjeros invitados, muchos de ellos europeos, y algunos asiáticos o del norte de África; no todos eran buenos, pero muchos sí.

P: *¿Quién te dio clases de árabe?*

R: En la lengua, el primer semestre tuvimos clase con la señorita Chuairy.

P: *Pero ya habían empezado las clases ¿Cómo hiciste?*

R: Lo que pasa es que, como había tres de nosotros recién ingresados, se empezó un nuevo curso. Yo había estudiado en Santiago algo de árabe —en 1963, creo—, un par de horas semanales, con un profesor egipcio que llegó a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, Lutfi Abdel-Badi. Antes de eso, mucho antes, cuando yo tenía como 18 años, sucedió que un joven chileno que había vivido desde niño en Siria, donde había sido maestro de primaria, ofrecía clases particulares de árabe. Mi hermana mayor, Eliana, y yo tomamos clase con él, aprendiendo el alfabeto y algunas nociones del idioma.

Junto conmigo entraron al área de Medio Oriente otros dos estudiantes. Uno era Norman Pino, un venezolano que no hace mucho fue embajador en Arabia Saudí, y el otro era Gerardo Molina, quien acababa de regresar de Lovaina, con una sólida formación filosófica y filológica en sentido amplio. A Gerardo y a mí nos contrataron juntos, al egresar, en 1969; lamentablemente él murió poco después, en 1970, de leucemia. Al mismo tiempo que nosotros tres, llegaron una persona al área de Japón, Eduardo Camps, y otra a la de India, Raquel Bialik, que se salió a poco de empezar y regresó en la generación siguiente.

Así que los “nuevos” tomábamos las clases de lengua aparte y todos los demás cursos eran con la gente que había seguido el propedéutico.

P: *¿Cómo te sentías con eso?*

R: No se veía ninguna diferencia. Fíjate que los compañeros nos recibieron bastante bien pese a que, obviamente, no les gustaba haber tenido que echarse un año entero mientras nosotros cinco nos lo habíamos saltado, y tenían toda la razón en esto. A mí me parece que eso de eximir a unos del año propedéutico fue una anomalía evitable. Tal vez podría haberse eximido de él a todos los de esa generación... o convocarnos a nosotros a la tercera generación.

Con todo, desde el principio personalmente me sentí muy a gusto, en general. Creo que eso fue una fortuna. La carga de trabajo era pesada, pero la atmósfera era amistosa. Muchas veces nos reuníamos —con compañeros de otros centros, a menudo— los fines de semana, de preferencia el viernes en la noche, y conversábamos o poníamos música y se hacían pachanguitas.

Antes de seguir con el programa, déjame contarte al vuelo quiénes eran los estudiantes que ya estaban. En el área de Japón eran tres, de grato recuerdo: Lilia Mesa, cubana; Lucía Torre, de Bahía Blanca, y César Pérez Saavedra, abogado mexicano, que luego ha sido diplomático. Los de India eran Carmen González Quijano (Carmen Chuaqui), procedente de Letras Clásicas, y Oscar Marañón, peruano, de la Universidad de San Marcos; Carmen abandonó pronto, al dejar de corresponder el programa a sus expectativas. En Medio Oriente estaban Sonia Jury, quien no terminó el semestre, Miguel Ángel Orozco y Vicente Cueto; los tres venían de Ciencias Políticas de la UNAM y los dos últimos entraron, posteriormente, al servicio exterior; Vicente murió hace dos años. En el programa de China estaban Miguel Olivera, de La Plata, y Fred Smith, estadounidense, que había sido infante de marina, me parece. Incluso antes de venir a la SEO Miguel ya era un lingüista respetado, pese a su juventud. Al terminar regresó a Argentina, con su esposa Diana y su hijita Mariana. Cuando Carmen y yo viajamos a Santiago en 1971 aprovechamos para ir a verlos. Muchos años más tarde él vino a México con su segunda esposa. Estaban trabajando en Canadá. Para entonces Miguel había dejado los estudios chinos. No sé qué ha sido de él después.

Volvamos al programa, entonces. Todo el mundo tenía que llevar Introducción a la Economía en el primer semestre y Economía de Asia en el segundo. Durante el primero, economía nos la dio un jovencito, Ariel Buira, que había estudiado en Manchester y por largos años ha sido funcionario en el Banco de México; su curso fue más bien una introducción al desarrollo económico. Tuvimos Historia Antigua de Medio Oriente con un excelente profesor del Liceo Francés, Francis Dulos. Llevábamos, además, un curso de literatura árabe. Para darlo llegó un profesor de Egipto, Soliman Attiyah. Su desempeño no fue muy satisfactorio. Seguramente se veía limitado por tener que recurrir al inglés. Nos dio un año entero, dos semestres.

En el segundo semestre tuvimos, además, Economía de Asia —como te adelantaba—, a cargo de un profesor de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de Londres, un joven escocés, Terence Byres. Fue un buen curso con el que no todo el mundo estaba contento, por divergencia de intereses, más que nada, lo mismo que había sucedido con el de Buira. Historia de Medio Oriente II nos la dio un profesor paquistaní, H. M. Siddiqi. Y en la lengua continuamos con la señorita Chuaury.

Recuerdo, ya en el segundo año, a maestros como Robert Mantran, quien en 1968, en el 4º semestre, nos dio un curso sobre ideologías políticas contemporáneas en el Medio Oriente. Venía de la Universidad de Aix-Marsella. Conocía muy bien la política contemporánea de la zona, aun cuando es más bien otomanista. Ese mismo año acababa de publicar, junto con el politólogo Maurice Flory, un manual sobre regímenes políticos de los países árabes. También empezó su vida académica como filólogo clásico; de allí llegó a los estudios otomanos y turcos, pasando por Bizancio. Es un investigador perspicaz. Justamente tengo a la mano, de la Biblioteca, una historia del Imperio Otomano que coordinó él, además de haber escrito tres de sus capítulos.

En el semestre anterior nos había visitado un profesor catalán, Jacinto Bosch, de la Universidad de Granada. Nos dio dos cursos simultáneamente, el de Relaciones Internacionales y el de Problemas Económicos, Sociales y Políticos. En

vez de limitarse en las dos materias al siglo XX y sus antecedentes inmediatos, como se había previsto, las trató a partir de la invasión mongola, lo cual en principio era sensato, pues en el segundo semestre de historia había quedado más de medio milenio sin cubrir. No dejó una impresión por completo favorable porque nos parecía ver en él cierta estrechez de miras. Era, sí, una persona muy trabajadora y dedicada. Murió hace ocho o nueve años.

En cuanto al árabe, aparte de la señorita Chuairey, tuvimos, ya juntos los cinco de Medio Oriente, el Seminario de Traducción con un señor francés llamado Henri Courtois, que hasta hace poco andaba todavía por estas latitudes, y probablemente siga. Él había vivido en Siria y en el norte de África y conocía bastante bien el árabe. Fue un buen director de seminario, aun sin ser profesor de carrera. Había sido militar, si no me equivoco.

Bueno, la historia fue que después de haber terminado esos dos años, El Colegio me contrató. Entonces tuve que ir a Chile, donde pasé una temporada más o menos larga, unos cinco meses, desde fines de mayo de 1969, arreglando allí unos asuntos.

Casi coincidiendo con mi regreso a México, en noviembre de ese año tuvo lugar una especie de congreso o coloquio, la 2ª reunión del Comité Coordinador latinoamericano de estudios orientales. Podría decirse que fue un encuentro programático e institucional. Uno de sus animadores fue el padre Ismael Quiles. Desde que yo todavía estaba en bachillerato conocía algunas publicaciones suyas sobre historia de la filosofía, textos más bien de divulgación sobre Aristóteles y otros filósofos. Entre los que representaban a otras instituciones mexicanas recuerdo a Lothar Knauth, activo y propositivo. En fin, a mi regreso ya estaba Gerardo Molina trabajando en el CEO como investigador, y entre los dos nos tocó hacer de relatores de la reunión, y además tomábamos nota de todo lo que se decía allí. Fue una experiencia interesante.

Para entonces se había incorporado al Centro un profesor egipcio, Mahmud A. Makki, una persona que ha influido grandemente en mi formación —a pesar de que no hay una gran diferencia de edad, porque me lleva unos siete o cuando mucho nueve años—. Él se quedó en El Colegio hasta 1971,

en total como un año y medio, más o menos. Durante el primer tiempo estuvo sin la familia; después llegaron su esposa, María Luisa —arabista española—, y las primeras pequeñas.

Compartíamos un cubículo en el cuarto piso. Donde más aprendí fue en las conversaciones sobre literatura que tenía con él. Además de la árabe, Makki conocía muy bien la literatura española y estaba interesadísimo en la hispanoamericana. Le apasionaba el cine y el teatro. Tenía —y tiene— un dominio increíble del español, que habla sin acento. Sus intereses y capacidades son amplios: por ejemplo, aprecia el flamenco, y hasta canta y dibuja muy bien. Además, es notable por su calidad humana. Celma hizo mucha amistad con él y luego con María Luisa. Las personas del Centro que pasan por El Cairo suelen ir a verlo.

Te decía el otro día que mi hermano Elián y su esposa de entonces, Marcia Tardito, llegaron aquí a fines de 1968, en la tercera generación, a especializarse en estudios de China. (En esa tercera generación, los cinco de esa área empezaron un año después que los demás.) Marcia y mi hermano Elián cobraron un gran aprecio por Makki. También mis padres lo conocieron cuando vinieron a mediados de 1970, y conversó largo rato con ellos.

P: ¿Cómo se inició tu carrera de profesor-investigador en el Centro?

R: Al comienzo yo estuve trabajando, sobre todo, en asuntos relacionados con la lengua, principalmente desde el punto de vista docente. Daba clases de árabe, colaborando con Makki. Elaboré también unos materiales para la enseñanza, primero con él y más tarde por mi cuenta. (El otro día descubrí unas grabaciones que habíamos hecho conjuntamente, en carrete abierto.)

Yo estudié dos años formales de árabe aquí y luego he seguido ahondando en su estudio. Por ese tiempo había la idea de que yo fuera a Londres a la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, no sólo para profundizar en el idioma, claro. Uno de los que me escribieron fue David Cowan, autor, entre otras cosas, de un texto sobre el árabe contemporáneo. (Hay quienes, comprensiblemente, lo confunden con Milton Cowan, adaptador al inglés de uno de los diccionarios árabes más im-

portantes que hay, el de Hans Wehr.) En general, la cosa parecía ir bien. Lo que pasó fue que en esa coyuntura, a diferencia de la generación anterior y de las siguientes, los organismos que podrían haber dado becas no estaban interesados en este tipo de cosas sino que tenían preferencia por cuestiones más útiles, digamos, y luego estaba el asunto de que yo era extranjero, de manera que el apoyo que me podían dar aquí era limitado, y en el Conicyt de Chile no pensaban apoyar estudios de este tipo, sobre todo cuando ya estuve en México con carácter más o menos permanente. Entonces falló por ese lado. A lo mejor podía haber seguido insistiendo. Años más tarde conocí la Biblioteca Británica y la de la Escuela de Estudios Orientales y Africanos. Habría valido la pena, pienso, pasar unos seiscientos días en ese medio.

El hecho es que en un principio yo estuve más cercano a la cuestión de la lengua y en especial a su enseñanza. Esa actividad siempre la pensé como una tarea de emergencia, una manera de ayudar a mejorar o reforzar el aprovechamiento de los alumnos, no como algo a lo que me iba a dedicar de modo prioritario, como profesión.

Durante bastantes años me hice cargo de buena parte de los cursos del idioma. Compuse unas lecciones de árabe intermedio, destinadas al uso interno, basándome en *Al-Ayyâm* ('Los días'), memorias de infancia y primera juventud del destacado escritor egipcio Taha Husayn. Hoy la oferta de manuales de este nivel ha mejorado considerablemente, aunque tal vez todavía podrían usarse esas leccioncitas como auxiliar.

En lo que se refiere a la etapa elemental, después de muchos tanteos, ya entrada la década del setenta, pensamos en adaptar al español uno de los manuales de lengua árabe —tal vez de los mejores— que veníamos usando en el Centro. Se trata del que los estudiantes llaman *el Michigan*, coordinado por Peter J. Abboud en Ann Arbor y elaborado por él mismo y otros cinco profesores residentes en Estados Unidos. La meta era aprovechar, sistematizándolos, los materiales derivados de nuestra propia docencia con el libro, de modo que pudieran servir a un conjunto más amplio de usuarios una vez publicada la adaptación. Estuve trabajando un buen tiempo en eso, a veces yo solo y a veces con otra gente. Hacia

1975 y 1976 estuvieron acá dos profesores egipcios de lengua y literatura árabe, marido y mujer, Salah y Dora Fadl. Ellos participaron en esto unos meses, como complemento a sus demás labores; también nos dio una mano Adriana Sanguinetti, durante un tiempo muy corto. A pesar de que nunca se consiguió la licencia para publicar, el esfuerzo fue sumamente útil, pues, a través de una actividad normal y legítima, permitió a nuestros alumnos de lengua castellana (y en cierta medida a los lusohablantes) sacar mayor provecho de los cursos en que empleábamos el manual estadounidense.

Ya hace unos años que mi relación con la enseñanza del árabe se reduce a dos tipos de curso de lo que yo llamo, respectivamente, de comprensión y traducción de textos. Pienso que en otras etapas hay gente más idónea que yo para dar las clases; en cambio estos dos tipos de cursos, o seminarios, creo que los doy más o menos bien.

P: *¿Qué cosas te interesan en este momento?*

R: En este momento me interesa la historia del pensamiento, sobre todo del pensamiento científico, y en especial el de la islamidad, y, dentro de esta historia, la de algunos problemas de la lógica y de las matemáticas. También me han interesado otras cosas, como es natural. Cuando yo era más joven me atraía grandemente algo que luego se puso de moda, y que era la forma en que unos pueblos ven a otros pueblos. Mi tesis de licenciatura fue sobre Heródoto y su visión de los bárbaros. También me han interesado durante mucho tiempo, y no han dejado de interesarme, la lingüística y la lógica y la relación entre ambas disciplinas. En 1972 ingresé al programa del doctorado en lingüística del CELL, simultáneamente como profesor y como alumno (siguiendo en esto el precedente de Margit Frenk). En esa ocasión les di a mis compañeros el curso de Introducción a la Lógica y los Sistemas Formales, a lo largo de dos semestres. Y he seguido dando cursos como éste, pero semestrales, a generaciones sucesivas de lingüística del CELL.

He hecho algunas incursiones en la literatura. En este terreno lo que me atrae son, sobre todo, la literatura hispano-árabe y, en cuanto a la literatura contemporánea, la poesía

palestina. He trabajado también en historia. He dado varios cursos de historia de distintas épocas. En el de historia antigua del llamado Medio Oriente he compartido responsabilidades con otros profesores. El periodo que mejor conozco es el que va desde el siglo XIII hasta fines del XVIII de la era común. De éste me encargo en el tercer semestre de historia, y procuro en el curso abarcar la islamidad en su conjunto.

P: *¿Has tenido problema para conseguir fuentes?*

R: El problema de las fuentes ha sido un problema bastante grave; siempre hemos tenido carencias en ese aspecto. Pero creo que en esta época las cosas están mejorando mucho, no tanto porque haya más recursos económicos, sino por la facilidad con la que se pueden conseguir obras en microficha o micropelícula o a través de préstamo interbibliotecario, y por la posibilidad de que los textos puedan viajar electrónicamente. Sin embargo, muchas veces y hasta el día de hoy sí he echado de menos textos fundamentales.

P: *¿Has hecho viajes al área?*

R: Solamente uno, en 1976, cuando fui a Egipto. En ese tiempo estaba trabajando sobre el problema de la creación; específicamente, la creación en el lenguaje y a través de él, desde el punto de vista del islam.

P: *Al decir la creación, ¿te refieres a la creación artística, a la creación literaria?*

R: Sí, entre otras cosas. Eso era un problema más o menos arduo, porque en rigor el único creador que hay es Dios. Entonces lo que había que explorar era cómo hacían los pensadores del islam clásico (que a menudo diferían entre sí) para conciliar ese planteamiento fundamental con lo nuevo del mundo, dejando margen al ser humano a que pudiera iniciar desarrollos inexistentes, y no sólo caminos inexplorados, por decirlo así.

Algo que te voy a decir es que siempre me ha interesado el problema de la traducción, o si quieres, la transferencia de conceptos, para expresarlo en una forma más amplia (y más

restringida). Recuerdo que cuando presenté mi solicitud a la SEO ya hablaba de eso en la carta de motivos; ya hablaba, por ejemplo, de la tradición de la traducción, de cómo hay ciertas tradiciones, como sucede en otras esferas, que se van constituyendo también en el oficio del traductor.

P: *¿Qué dificultades ves para el desarrollo de tu trabajo?*

R: Hay gente que se queja entre nosotros —te lo habrán dicho muchas veces— de la falta de comunicación, de la falta de interés por parte de los otros en lo que cada uno hace. Yo creo que hay algo de eso, pero no me afecta tanto como a otros colegas, que realmente parecería que lo pasan mal. Esa comunicación defectuosa es natural, hasta cierto punto, dada la diferencia de especialidades y de zonas geográficas que abarca cada quien. Por otra parte, en nuestro Centro y en otros del Colegio siempre ha habido seminarios donde pueden participar profesores de distintas formaciones e intereses. De todas maneras hay colegas entre nosotros, como David Lorenzen (uno de nuestros investigadores más serios), que mantienen un contacto relativamente estrecho con especialistas del extranjero. Yo creo que él no sufre tanto este aislamiento, por eso mismo. Ahora, en parte este aislamiento interno o con el exterior también depende de nosotros. Por ejemplo, en 1977 Pedro Martínez Montávez y otros especialistas españoles organizaron en La Rábida un encuentro de arabistas e islamólogos de Iberoamérica y la Península Ibérica. Asistimos varios de México. Fue grato encontrarse con los colegas de la iberidad, y mantenemos cierta relación, pero yo siento que podíamos haber continuado en forma más estrecha los lazos con ellos, así como los vínculos con estudiosos que viven en otras regiones. Creo que lo que hacemos nosotros en Latinoamérica tiene muchas limitaciones, desde luego. Pero de todos modos se podría acelerar un poco e intensificar este tipo de cosas, aprovechando los medios de comunicación rápidos y no muy caros de que disponemos ahora, como el fax y el correo electrónico.

P: *¿Cuál fue tu participación en ALADAA y en XXX CICHAAAN?*

R: Fui uno de los fundadores de ALADAA e incluso participé en la elaboración de los estatutos, pero hoy estoy un tanto alejado. Tal vez mañana vuelva a acercarme.

También participé en la organización del Congreso del XXX CICHAAAN. Fui coordinador del área de Asia Sudoccidental y África del Norte. Como mis compañeros, trabajé intensa y extensamente. Pero trabajé con un poco de incomodidad porque no acababa de convencerme la idea de realizar el congreso en esa época. Me parecía prematuro, en vista de lo que era el Centro; diez años más tarde me habría parecido sensato. Por otra parte, me inquietaban la forma como se organizó, el alto costo que significó en recursos que podían haberse destinado a fines alternativos más valiosos, social o académicamente, y cierta orientación desmedida (pero no única, si hemos de ser justos) hacia las relaciones públicas. Hubo entre nosotros, sin embargo, compañeros realmente beneficiados con el congreso desde el punto de vista profesional, pues allí encontraron un público nuevo para sus trabajos e inquietudes, relacionándose con gente, prácticamente de todo el mundo, que estaba haciendo cosas que valían la pena. Yo mismo traté a muchos académicos de primera línea, de mi área y de otras, durante el congreso o inmediatamente después (algunos se quedaron un poco más). Voy a ver de cuáles me acuerdo, limitándome a los dedicados al llamado Medio Oriente. Hablé bastante con un historiador de la filosofía y la teología islámicas al que admiraba mucho y al que sigo admirando, un dominico egipcio de origen palestino que se llama Georges Anawati. Platicué un par de horas con Ibrahim y Janet Abu-Lughod. Traté algo al extraordinario historiador Claude Cahen, recientemente desaparecido. Conocí también al profesor Dominique Chevallier, que hace historia social de Siria y Líbano, y conversé con él; me regaló una obra que acababa de publicar. Oí a Maxime Rodinson, hombre sabio y valiente. Tuve el gusto de volver a encontrar a mi maestro Robert Mantran. Entre los reiterados colaboradores posteriores del CEAA se contaba el economista sirio Issam el-Zaim, muy joven entonces. Allí conocí personalmente a un grupo de españoles de la Autónoma de Madrid y del Instituto Hispano-Árabe: a Pedro Martínez Montávez

—ya mencionado— y a su esposa, Mercedes Lillo, especialista en arte de la España musulmana; a la joven arabista Carmen Ruiz Bravo-Villasante y al turcólogo Carlos Barral. Estuvieron entre nosotros los intelectuales egipcios Lutfi El-Kholy y Anouar Abdel-Malek, quien nos había visitado a fines de 1969. Participaron, del mismo modo, varios especialistas norteafricanos como la socióloga argelina Marnia Lazreg. Me encontré por primera vez con James Monroe y su esposa Juliana, hispanista; con él había mantenido cierto contacto epistolar, en torno a un artículo suyo sobre literatura andalusí, tema al que ha hecho contribuciones de importancia. Tuve oportunidad de asistir a seminarios en que intervinieron personalidades como el historiador turco Halil Inalcik.

En fin, aun con todo lo bueno que tuvo el XXX CICHAAN, yo creo que realmente no fue muy juicioso haberse embarcado en su organización. Si tú te fijas en lo que hizo el Centro, su participación efectiva en ese congreso fue un tanto reducida, sin ánimo de desconocer los aportes reales de sus miembros. Hoy habría sido considerablemente más sustancial.

P: *¿Tú participaste en algún seminario específico?*

R: No, yo estuve, sobre todo, haciendo el trabajo de organizar las mesas del área y escribiéndome con los interesados, contestando lo que ellos querían saber, recibiendo las propuestas de paneles que había, sugiriendo mesas y seminarios, proponiendo a los moderadores de distintas mesas, pidiendo los resúmenes, y cosas así.

P: *Tú tienes casi 30 años de experiencia en El Colegio. ¿Qué significa un Centro de Estudios de Asia y África en Latinoamérica, en México?*

R: Yo creo que es un hecho positivo. Aunque siempre que se fundan estas instituciones hay muchos intereses distintos, y no son todos estrictamente académicos. Comoquiera, creo que es bueno, es positivo, aun cuando podía haber sido mejor. Pero también hay que ver de dónde se partió y lo que se tiene. Algo que ha sido un poco negativo quizá —como suce-

de en otros lados también— es que una parte muy grande de quienes trabajamos en el CEAA hayamos salido del mismo Colegio. Tal vez sería mejor una proporción un poco diferente. Esto quizá tenga algo que ver con el hecho de que durante largo tiempo no hubo manera de intercambiar con otras instituciones latinoamericanas una parte de los puestos que se iban necesitando en el Centro.

Desde el punto de vista de la efectividad del Centro conviene señalar que aún hoy, muchas veces, al terminar nuestra maestría la gente se pone a hacer otra cosa. En gran medida no tenemos un mercado específico de trabajo. La escasez de empleos se da, naturalmente, en otras disciplinas, e incluso en el llamado Primer Mundo. Hay quienes propugnan un cambio en la orientación de los estudios, hacia “lo que se venda”.

En lo que se refiere a mejorar la preparación de nuestros egresados, por otra parte, hay dos tipos de propuesta, como sabes. Algunos hemos sugerido que, dado que todavía no es realista pensar en licenciaturas completas en el ámbito latinoamericano —a menos que nosotros estemos dispuestos a iniciarlas—, se aprovechen los cursos de lengua existentes y se fomenten otros (en el CELE o en otras instituciones del país y el extranjero, tal vez en el propio Colegio), y que el Centro intensifique la publicidad dirigida a los alumnos de licenciatura, de manera que al ingresar a la maestría ya hayan adquirido la lengua, o una de las lenguas, y así puedan con nosotros dedicar más tiempo a las cuestiones sustantivas.

La segunda propuesta va en la otra dirección. Es la de instituir un doctorado. En principio me parece bien esta propuesta, compatible con la primera, pero no sé si se puede echar a andar en forma sencilla y que prometa éxito.

También habría que ver qué puede pasar en el resto de América Latina, en cuanto a intensificar los estudios de Asia y África. A lo mejor no hace falta programar nuevos centros cuyo campo sea toda Asia y toda África, sino promover en otros países, o en otras ciudades, estudios de Japón, digamos, u otros más específicos, no por zona geográfica sino por temas o problemas. En sí, me parece deseable que en todo el mundo se estudie todo el mundo, con las naturales diferencias de prioridades y de medios.